

A TRAVÉS DEL ESPEJO

Caminaba pensativa por las calles abarrotadas de gente. Era un día soleado y precioso de primavera y se notaba en el ambiente: turistas desorientados disfrutando de la calidez del clima, niños correteando y jugando en las fuentes, el gentío entrando y saliendo de los centros comerciales o agolpado en las heladerías. El calor auspiciaba la inminente llegada del verano. Ella, mientras tanto, se dirigía a la Facultad de Filosofía y Letras, ese lugar que la había visto crecer y convertirse en la mujer que era ahora. Hoy realizaba su último examen, se sometía a la última prueba; después de eso, dejaba atrás al que había sido su hogar durante cinco años con la promesa de regresar algún día.

En ese momento, pasaba por la exposición de la Plaza de las Tendillas con motivo del Quincuagésimo Aniversario de la Universidad de Córdoba. Echó un vistazo rápido a las fotos que la ilustraban, mientras zigzagueaba entre los diferentes cubículos que la formaban. Qué coincidencia, justo ese año, ella, por fin, se graduaba. No pudo evitar que la nostalgia la invadiera...

Mentiría si dijera que no lo echaría de menos. Habían sido años de sacrificio, de días interminables, de noches en vela, de dosis de café, de dudas, de crisis existenciales, incluso de alguna que otra lágrima. Pero, por encima de todo, se le venían a la mente las largas y animadas conversaciones en el patio de la cafetería, las risas que amenizaban esos días que parecían no tener fin, los ratos compartidos con su mejor amiga entre clase y clase, el apoyo y la ayuda mutua, los abrazos compartidos, el saberse un miembro más de una familia de catorce maravillosas personas que siempre quedarían en su corazón.

Pero también sentía miedo. Incertidumbre, tal vez. Una parte de ella se había pasado parte de los cinco años deseando terminar la carrera, pero, ahora, no estaba tan convencida. Siempre le habían dicho lo importante que era labrarse su propio futuro, escoger el camino correcto y abrirse las puertas oportunas. Pero, la verdad, estaba hecha un lío. El futuro o, más bien, su futuro era todavía un enigma que debía resolver. ¿Qué pasaba si se equivocaba?, ¿si tomaba el camino equivocado?, ¿si no abría las puertas adecuadas?

Estos pensamientos surcaban por su mente mientras avanzaba por las estrechas calles de la judería. Estaba a cinco minutos de su destino y ya notaba cómo los nervios comenzaban a aflorar. Conocía perfectamente esa sensación de inseguridad, de anticipación, de preocupación porque todo saliera bien, porque todo el sacrificio realizado valiera la pena. La había experimentado en muchas ocasiones durante esos cinco años y le era tan familiar... Quizás, era la última vez que volvía a sentirse así, o quizás no...

Intentó calmarse, entró a la facultad y se encaminó hacia el aula donde tendría lugar el examen. Se encontraba en la planta alta, así que subió por las escalares situadas junto a la entrada principal. A medida que iba subiendo, un sentimiento muy extraño empezó a apoderarse de ella. No sabía cómo describirlo. Intentó ignorarlo, seguro que eran los nervios por el examen o el cansancio por haber dormido poco la noche anterior, aprovechando hasta el último minuto para repasar.

Siguió caminando en dirección al aula, pero el pasillo parecía no tener fin. Caminaba y caminaba, pero nunca llegaba a su destino. Desconcertada, se percató de que no solo los pasillos se hacían interminables, sino que aparecían ante ella rincones que nunca había visto. Se extendían ante sus ojos rectos pasadizos que se bifurcaban, que se curvaban en ángulos ocultos, galerías infinitas, circulares, secretas, que recorría una y otra vez sin encontrar respuesta.

Entonces, cayó en la cuenta de algo: estaba en un laberinto. ¿Sería un sueño? O, mejor dicho, ¿una pesadilla? Todo era demasiado real, aunque a la vez ficticio. No era capaz de explicar el mundo maravilloso que se desplegaba ante ella. Ensimismada con esta realidad ilusoria, olvidó por completo su verdadero propósito: el examen.

Era como si todo hubiera dejado de existir, excepto ella, ella y el laberinto. Era como si el tiempo se hubiera detenido, como si no existiera, como si confluyeran pasado, presente y futuro. Sintió que ese laberinto era mucho más, significaba mucho más. Entonces, recordó algo, una frase de un libro que había leído hacía poco: «Alguna vez, los senderos de ese laberinto convergen; por ejemplo, usted llega a esta casa, pero en uno de los pasados posibles usted es mi enemigo, en otro mi amigo».

Todavía estaba sumergida en sus pensamientos, cuando atisbó a lo lejos una puerta misteriosa. Se acercó nerviosa sin saber qué podía encontrarse detrás. Lentamente, la abrió. Una luz cegadora la paralizó. Cuando sus ojos se acostumbraron, entró decidida. Lo primero que divisó fue un enorme espejo. Se sintió atraída hacia él, así que se acercó. Se dio cuenta de que algo raro ocurría. Un momento... ¿Quién era esa persona que estaba reflejada? Desde luego, no era ella. Era una señora entrada en años, que la miraba fijamente y que hacía exactamente los mismos movimientos que ella. ¿Qué clase de pesadilla era esa? Sin poder evitarlo, tocó el espejo y, de repente...

Teclaba con avidez el teclado de su ordenador. Entonces, escuchó unos golpes y la puerta se abrió. Al otro lado, una de sus compañeras le sonreía.

—Hola, ¿qué tal? Solo venía a recordarte que nos vemos después de tu clase en la cafetería de al lado.

—Sí, tranquila, no se me ha olvidado.

—Perfecto. ¿Qué hacías?

—Estaba escribiendo un relato. Es un relato sobre mí, pero con tintes fantásticos y un poco borgianos. Justamente, ayer lo vimos en clase.

—¿Vas a publicarlo? —le preguntó.

—No, este no. Este es solo para mí —le contestó con una sonrisa nostálgica.

Miró el reloj. En diez minutos comenzaba su clase. Su última clase...

Contempló una de las fotografías que adornaban su escritorio. Una joven sonriente el día de su graduación le devolvía la mirada. No podía evitar verse reflejada en ella. Al fin y al cabo, seguía siendo la misma: la del pasado, la del presente y la del futuro. Era esa chica llena de miedos e inseguridades, era la mujer que había luchado para conseguir el trabajo de sus sueños y, ahora, estaba a punto de jubilarse, de abandonar aquel lugar tan especial, esa facultad en la que había sido tan feliz y que le había permitido desplegar todo su potencial.

Entonces, salió de su aletargamiento. Dejó todo lo que estaba haciendo, cogió sus libros y salió de su despacho.

Caminaba pensativa por los pasillos de la facultad. Cruzó uno de los patios del edificio que estaba engalanado con una exposición en la que se conmemoraba el Centésimo Aniversario de la Universidad de Córdoba. Echó un vistazo rápido a las fotos que la ilustraban, mientras intentaba

avanzar por los pasillos abarrotados de alumnos. Vaya casualidad, ¿verdad? Y ella, justamente, ese año se jubilaba...

Entonces, como le habría ocurrido muchísimos años atrás, los nervios la invadieron. Era su última clase...

Un minuto después, llegó a su destino. Dejó todos esos pensamientos atrás, esbozó una enorme sonrisa y entró:

—Buenos días, chicos, hoy continuaremos con...

Entonces, la puerta se cerró.

Butterflycs.